

LA FILOSOFIA NEO-ESCOLASTICA Y LA PEDAGOGIA

La filosofía del Cristianismo, que se ha organizado en el trascurso de los siglos, de especulaciones e indagaciones en la llamada filosofía escolástica, cuya perfección ideal culmina en la doctrina de S. Tomás de Aquino, no ha olvidado el problema filosófico de la educación, si bien la Iglesia Cristiana y, en particular modo la Católica, haya tenido en cuenta especialmente el estudio de la pedagogía práctica, como metódico conjunto de principios, de normas, de preceptos de educación.

La mayor parte de los libros de escritores católicos, desde el cardenal Silvio Antoniano, que en el siglo XVI compuso, a indicación de S. Carlos Borromeo, un verdadero tratado de Pedagogía, el "Ratio Studiorum" de los Jesuitas hasta los escritos de S. Juan Bosco, trata problemas de pedagogía práctica.

Los antecedentes de la filosofía neo-escolástica de la educación se pueden encontrar en el "De Magistro" de Aurelio Agustín y en el "De Magistro" de S. Tomás que ambos enfocan el examen del problema central de la filosofía de la educación, referente a la posición respectiva del maestro y del alumno.

Mas cerca de nosotros los "Diálogos sobre la Instrucción" de Rafael Lambruschini y las "Lecciones de Pedagogía de Ausonio Franchi evocan la doctrina escolástica de la filosofía de la educación, sobre las bases del pensamiento de S. Tomás.

En nuestros días la filosofía neo-escolástica estudia con vigor el problema filosófico de la educación por obra de la universidad católica del "Sacro Cuore" de Milán. El Dr. Casotti, en varios trabajos de reconstrucción histórica y en varios ensayos sobre filosofía de la educación, tomando como base de sus escritos los principios tomísticos contrapone la filosofía neo-escolástica a las doctrinas en boga en Italia y Francia, es decir: al idealismo o filosofía del espíritu.

Antes de esta nueva corriente en la filosofía de la educación había dos tendencias: la que podríamos llamar filosofía especulativa, la otra se puede denominar tendencia pedagógica. La primera tiene el propósito de hacer de la ciencia y en particular modo de la pedagogía una ayuda de la filosofía, porque todas las ciencias convergen a la formación del espíritu, la segunda se funda en el principio de la autonomía absoluta de la pedagogía y sobre el derecho que tiene la pedagogía de servirse de las diferentes corrientes filosóficas para explicar sus principios.

Ahora veamos cual es el punto central de la filosofía neo-escolástica en la filosofía de la educación.

Los "factores inconscientes" de Waitz, de Lindner y de Compayré en la filosofía neo-escolástica son un ser real, sobrenatural que se le llama "Dios." No es posible conseguir desarrollo completo del hombre, su educación completa sin Dios. Según los autores citados es el imprevisto, el ignoto, lo que no es conocido. En el neo-tomismo caos, fortuna, destino todo se condensa y, purificándose, se unifica en la idea de Dios, como ser todo inteligente. Aquellas son potencias vagas, Dios por su naturaleza, es un ente luminoso, y teológico, en el sentido griego de la palabra. Esto explica las fuerzas ciegas de la doctrina pedagógica. No sólo las explica, sino que las ilustra y las purifica.

No solamente la filosofía neo-escolástica reconoce la voluntad y la presencia de Dios en el proceso de la educación: ella lo pone en la educación como arte y como actividad preordenada del hombre.

En la educación, como proceso, Dios explica los llamados factores imprevistos, en la educación como arte. Dios es puesto como norma y modelo de la vida en la persona de su hijo hecho hombre.

La pedagogía positivista se dá cuenta de esta profunda verdad establecida por la filosofía neo-escolástica. La educación en su desarrollo y en sus progresivos resultados no puede reducirse a un proceso de causas y efectos. A cada instante se presentan sorpresas, acciones inesperadas, resultados imprevistos. Los autores citados dicen tratarse de la acción de factores ignotos. Ahora bien la filosofía escolástica dice que ésto imprevisto es la acción

de Dios y continúa demostrando la necesidad de insertar como serie de acciones deliberadas en un núcleo místico que vibra al conjuro de la idea de Dios.

Hay que decirlo: la pedagogía positiva reconoce la importancia de esta visión ascética de la educación como animadora de los más altos valores espirituales de la vida.

Después de la idea de Dios, la filosofía neo-escolástica proclama otro principio: la dualidad de la educación del maestro como asertor e intérprete y propagador de la verdad y del alumno, como ser que está obligado a depender del maestro y recibir del mismo la instrucción.

La exigencia de la etero-didáctica es el elemento indispensable en la didáctica para la filosofía del espíritu. Este ha servido para ilustrar el concepto de la "etero-didáctica. La filosofía neo-escolástica contrapone a la "etero-didáctica" un nuevo valor como así mismo a la función y a la obra del maestro.

La filosofía del espíritu, resolviendo todo el proceso de la didáctica con este concepto e insistiendo en esta posición preliminar de la pedagogía, trae naturalmente una disminución en la misión del maestro como personalidad distinta de aquella del alumno. En efecto, si todo el proceso de la enseñanza se resuelve en la ciencia autodidacta, es decir en la auto-generación del pensamiento en el espíritu del alumno, la obra del maestro naturalmente pierde de importancia y modifica profundamente sus funciones, transformándose del enseñante del saber en cooperador y estimulador del desarrollo espiritual del alumno y consecuentemente tendremos una inversión de valores.

Este concepto si el alumno puede ser maestro de sí mismo había sido objeto de estudio por parte de S. Tomás que le dedicó el segundo capítulo de su estudio sobre "De Magistro". En este estudio el Aquinense examinando primero los argumentos en contra y los argumentos en pro a la tesis "si sea posible decirse maestro de sí mismo," demuestra como se puede ser causa de ciencia en sí mismo pero no es posible decirse maestro de sí mismo. Es decir la dualidad es el elemento esencial de la didáctica: la posición del maestro es distinta de la del alumno. El enseñar es una función bien distinta del aprender.

Mientras la filosofía del espíritu procede hacia la unificación en todos los procesos de la vida, la filosofía neo-escolástica insiste sobre la distinción y la diferenciación.

Conocida esta dualidad deriva de la misma una más completa noción del maestro como depositario y apóstol de la verdad; deriva también una diversa y más precisa orientación en la concepción, de una parte del enseñar y de la otra del aprender. Enseñar es transmitir la verdad, aprender es recibir, retener o aprender la verdad enseñada. Este proceso de la transmisión de la verdad se hace por medio del más razonable y expresivo órgano del espíritu, que es el lenguaje, la viva voz del maestro por medio de la cual explica y esprime su pensamiento que recibe el alumno que escucha.

Consecuencia de este principio es la valorización del maestro.

Otro punto que la filosofía positiva puede pedir a la filosofía neo-escolástica es el concepto de actividades como producción y expresión del espíritu contra el concepto de creación en el que la filosofía del espíritu quiere dar solución a toda acción del mismo espíritu, llegando a la conclusión que toda acción hasta la más mínima del espíritu la consideraba como una creación. Esto equivale a exagerar al infinito el valor y la importancia hasta de los mínimos actos del espíritu del alumno con daño de la disciplina y formación del alumno. La pedagogía positiva nunca cifró muchas esperanzas en estos actos y momentos creadores del espíritu (de los que ha sido pródiga la filosofía del espíritu) más bien evitó siempre hablar de creación, que es función bien grave y difícil y que la religión atribuye sólo a Dios.

Contra las inversiones producidas por una absurda interpretación de la filosofía del espíritu por lo que respecta a la pedagogía hay que insurgir.

Es necesario llamar a la pedagogía a la realidad natural y social en el cual se afirma y se desarrolla el fenómeno de la educación, como hecho biológico y como aspecto de la vida social y moral de los pueblos y de los individuos. No olvidemos que la pedagogía es la más vital función humana, la de la formación de las nuevas generaciones.

En este sentido la filosofía neo-escolástica es una preciosa afirmación.

Pero lo que más vale en pedagogía como disciplina del arte de educar y consecuentemente de enseñar es el valor del lenguaje en su variedad múltiple: desde la palabra exterior hablada, cantada a la palabra interior, dicha enteramente en secreto a la palabra susurrada como concepto y armonía de voces interiores que presiden en nuestro ser una realidad no manifiesta y a sus formas positivas y negativas. Las primeras que se explican en la variedad de las palabras, las segundas que se revelan en el silencio como forma negativa de la vida del espíritu. La pedagogía de palabra y del silencio representan las dos partes de la vida del espíritu que se revela en la educación; la primera hecha de sonidos y signos que responden a imágenes e ideas; la segunda circundada por sombras, detrás de las cuales se delinea y se esconde una vida interior, siempre más intensa y profunda, como hacia la más natural producción donde precipita el obscuro trabajo del espíritu.

Quien sabe gobernar y dominar a su palabra sabe también disciplinar su silencio exterior e interior. El maestro que siente su función sabe alternar la palabra al silencio enseñando tanto con la una como con la otra y sabe reproducir en el alumno análogos estados del alma.

Esta dualidad de posición ha sido reconocida en la doctrina de la educación desde los más antiguos tiempos, por aquel instituto pitagórico que puede considerarse como un modelo de disciplina didáctica. El instituto pitagórico había comprendido, desde sus tiempos, que la formación del espíritu no podía realizarse sino por medio de la unión alternada de la palabra y del silencio, del discurso del maestro y de la atenta atención del alumno. De este instituto procede lo que por común consenso fué denominado "el verbo" es decir la palabra de la verdad que debía ser pronunciada como expresión de un pensamiento largamente madurado y recibido en toda su pureza, con humildad por todas las potencias del espíritu, porque era su verdadero alimento espiritual.

La relación entre maestro y alumnos, en su principio básico realista quiere decir la unidad del maestro y la multiplicidad de los discípulos; el maestro en posesión del saber y de la habilidad de transmitirlo, los alumnos privados aún de aquel saber y de aque-

lla habilidad y convenidos en la escuela para aprender el saber y la habilidad.

Esta posición tradicional en la concepción del maestro y del alumno ha sido profundamente modificada y casi subvertida por algunas corrientes filosóficas y pedagógicas de nuestro tiempo las cuales han presentado al maestro no como a un espíritu que ha conquistado una cierta suma de saber para trasmitirla a otros, sino como quien enseñando quiera aprender y han hecho del saber no un hecho del saber de la escuela, sino una creación y una conquista de la enseñanza y como una producción colectiva del maestro y del alumno.

Esta es una verdadera alteración y una subversión de la posición del maestro que casi llega a confundirse con los alumnos, como unidad entre tantas unidades. Esta alteración lleva, como consecuencia, a una desvalorización de aquella maduridad y de aquella cultura que, por tradición, se le piensa investido al maestro, como uno de los requisitos esenciales, según el sentido etimológico de la palabra, además del requisito de la edad, cuando esta edad no representa solamente un dato de tiempo, sino una suma de experiencia, de estudios y de una vida intensa de trabajo.

Juan E. Cavazzana.